

LA APRETADA AGENDA DEL PRESIDENTE MURSI

Resumen:

Las decisiones adoptadas por el presidente Mursi en sus primeros meses de mandato han sido difíciles. La respuesta militar a los islamistas en el Sinaí, sus iniciativas en política exterior y su renovación de la cúpula militar, han conseguido incrementar la confianza de la comunidad internacional. En consecuencia su principal reto parece situarse en la necesidad de mejorar la economía y la calidad de vida de su población.

Abstract:

Decisions taken by President Mursi in their first months in office have been difficult. The military response to the Islamists in Sinai, their foreign policy initiatives and the renewal of the military leadership, have managed to increase the confidence of the international community. Thus his main challenge seems to lie in the need to improve the economy and quality of life of its population.

Palabras clave:

Egipto, Mursi, Sinaí, Junta Militar.

Keywords:

Egypt, Mursi, Sinai, Military Council.

RETOS Y TEMORES

La toma de posesión del largamente esperado tras la caída de Mubarak quinto presidente del Egipto republicano, Mohamed Mursi, sucedió hace apenas tres meses, pero lo cierto es que en tan breve tiempo ha protagonizado acciones relevantes tanto en el ámbito interior como en el de las relaciones internacionales, en un momento además en el que la región, con los focos principales de la guerra civil siria y el posible enfrentamiento irano-israelí, es causa de la máxima preocupación para la comunidad internacional.

La filiación política del presidente, líder de Libertad y Justicia, partido fundado por los Hermanos Musulmanes, pero candidato en cierto modo por accidente debido a la inhabilitación de El-Shater, ha roto el escenario vaticinado e incluso deseado por muchos, en el que un presidente no islamista contrapesara la amplia mayoría de esta corriente política en el parlamento. A pesar de las posibles ventajas de este modelo no consumado, lo cierto es que la realidad social egipcia es otra y, aunque por un margen relativamente estrecho del 3,8% de los votos emitidos respecto al candidato Shafik, ha conformado un sólido apoyo al islamismo político.

Esta cuota de poder, que ha de convivir y quizás enfrentarse institucionalmente con el poder fáctico que representan los grandes intereses económicos de las Fuerzas Armadas egipcias, no ha dejado de preocupar ante la posible deriva política de un país clave por su posición geoestratégica pero también por su enorme capacidad de influencia en el conjunto del mundo árabe.

Pero desde luego lo que sí es un hecho es que el islám político ha dejado de ser una esperanza para muchos egipcios, no porque se haya diluido, sino por todo lo contrario. Su realidad cotidiana está regida, en gran medida, por esta opción política, que se enfrenta a la mucho más demandante tarea de gobernar que a la de hacer oposición al tambaleante régimen de Mubarak. Se encuentran así con la oportunidad, pero también el peligroso reto, de encauzar muchas de las cosas que funcionaban mal en el anterior régimen y que tanto estaban degradando el bienestar de la población. Ésta, salvo las minorías – sobre todo la

cristiana – ha acogido positivamente el traspaso de poderes del Consejo Militar que ha gobernado durante la transición, pero probablemente van a ser muy exigentes con el nuevo presidente respecto a la mejora ostensible de la economía, la tasa de paro, la corrupción, etc. En definitiva las cuestiones que de verdad preocupan al ciudadano de a pie. Y posiblemente lo van a ser en un plazo no demasiado largo. Desde luego, como declaró el general Shafik al felicitar al vencedor de las elecciones, no le espera un camino fácil.

PERFIL DEL PRESIDENTE Y PRIMERAS ACCIONES

Se trata de un político relativamente joven. Con sus sesenta años, en comparación con la gerontocracia instalada en el país en los últimos tiempos, tiene potencialmente un mayor recorrido que aquéllos. Es considerado un moderado dentro del islamismo, que efectivamente no procede de un sector excesivamente cerrado y localista. Dedicado a la docencia se doctoró en California, donde también ejerció como profesor antes de retornar a la universidad egipcia. Se encuentra en consecuencia alejado del paradigma del político islamista acuñado en el imaginario popular principalmente de los países occidentales.

Sus relaciones personales y su experiencia profesional y de vida están, en consecuencia, mucho más cerca de los Estados Unidos que de otros ámbitos, lo que puede resultar muy positivo dada la dependencia que militarmente Egipto tiene de norteamérica, no sólo debido al fuerte apoyo económico sino a la relación técnica y de apoyo. De hecho durante la campaña electoral Mursi fue acusado de estar respaldado activamente por la administración estadounidense, lo que fue categóricamente negado por ésta. No obstante el secretario de defensa Panetta se apresuró a visitar al nuevo presidente en lo que puede ser interpretado como un espaldarazo norteamericano al vencedor de un proceso democrático limpio y justo, como ha reconocido la comunidad internacional.

Por su parte Mursi se apresuró a solicitar la extradición del último preso egipcio en Guantánamo, del mismo modo que durante la campaña electoral anunció que haría respecto a Sheikh Omar Abdel Rahman, el líder de la Al-Gama'a al-Islamiya que cumple cadena perpetua en Estados Unidos. Pero parecen más gestos hacia sus propios electores

que un objetivo firme de su política, como demuestra el hecho de que ese punto no estuviera en la agenda de la posterior visita de la secretaria de estado Clinton a Egipto.

En cualquier caso, estas visitas son avales que han sido importantes en sus primeras acciones ya como presidente, que han sido una muestra de firmeza, en lo que, como era de esperar, se vislumbraba como un pulso entre las autoridades de transición salientes y la figura presidencial. Y es que el traspaso de poderes tuvo un antecedente inmediato digno de resaltarse. El Consejo presidido por el mariscal Tantawi restringió por decreto los poderes tanto del presidente como del parlamento, al dejar en manos de la Junta Militar tanto el poder legislativo como el presupuestario, convirtiendo a la presidencia en una figura vacía de contenido y sin capacidad de acción real.

Pero el presidente Mursi no ha aceptado esta imposición. Su rechazo frontal a las limitaciones del Consejo han sido un golpe sobre la mesa que representa el inicio real de su mandato. En él ha de alcanzar un difícil equilibrio en el que se enfrenta principalmente a dos retos internos de gran magnitud. Conseguir un entendimiento suficiente con la Junta Militar, que le permita avanzar en el proceso democratizador, a la vez que mejora sustancialmente la economía del país, sujeta incluso a fallos en el suministro de productos como el gas o la electricidad, para lo que a su vez es imprescindible la colaboración de la Junta y sus enormes intereses económicos. Un difícil ejercicio de funambulismo.

Su primer gobierno ha cumplido las expectativas en cuanto a composición, cumpliendo su promesa de no saturar los departamentos de islamistas, por lo que ha repartido las carteras procurando reflejar el reparto de poderes e intereses en el país, con representantes de la Junta, lo que ha provocado no pocas protestas ya que mantienen algunos de los ministerios con más poder o contenido, coptos, tecnócratas e islamistas, por supuesto. La decepción que ha supuesto para muchos en Egipto la no escenificación de una ruptura total con las anteriores etapas políticas demuestran una visión sensata y una buena dosis de realismo, ya que como declaró el primer ministro Kandil, los retos económicos y de seguridad que afronta el país impiden tirar por la borda lo logrado en esos campos en las últimas décadas. Son

palabras tranquilizadoras que alejan la perspectiva de un gobierno radicalizado que intentara marcar un punto y aparte, un kilómetro cero de la política egipcia que se pudiera convertir en un riesgo de inestabilidad o incluso de involución en el proceso democratizador en marcha.

EL DESAFÍO ISLAMISTA

A pesar de estos signos positivos poco ha tardado el presidente Mursi en tener que enfrentarse a dos situaciones muy problemáticas. La primera de ellas es la reactivación de las actividades de grupos islamistas radicales que atacaron un puesto de control del ejército en el norte de la Península del Sinaí coincidiendo con el final del Ramadán. El ataque se cobró la vida de 16 soldados, a los que robaron dos vehículos blindados en los que los milicianos islamistas se dirigieron a la cercana frontera israelí, en donde fueron destruídos.

Este ataque probablemente tenía la intención de provocar el empeoramiento de las relaciones entre el nuevo gobierno egipcio y el israelí, ante las intenciones de Mursi de respetar los acuerdos y tratados internacionales suscritos anteriormente por Egipto. Los islamistas radicales intentarían así forzar la mano de un presidente islamista moderado que no cubre las expectativas de cambio que los más radicales desearían, principalmente hacia Israel y Estados Unidos. La débil presencia del ejército egipcio en el Sinaí, consecuencia de la necesidad de adoptar medidas desescalativas y de confianza con Israel, así como la vecindad de la Gaza gobernada por Hamás, han permitido la proliferación de elementos islamistas en este territorio, lo que ha facilitado la posibilidad de un ataque de esta magnitud.

A pesar de las anteriores acusaciones de relajo en materia de seguridad en la frontera y las palabras del ministro de defensa israelí Ehud Barak instando al gobierno egipcio a tomar medidas eficaces en la zona, lo cierto es que la reacción del gobierno egipcio ha sido firme pero no contundente. En pocos días se han sucedido acciones militares en las que ha intervenido muy activamente la aviación, que ha castigado a los milicianos isamistas instalados en la zona, incluso en localizaciones como Sheikh Zuwayed, muy cerca del paso de Rafah hacia Gaza, lo que indudablemente ha exigido el conocimiento y la coordinación con

Israel. Esta ofensiva, principalmente aérea, demuestra que Mursi no tiene intención de ceder ante las amenazas islamistas, en un gesto que ha tranquilizado a Israel, pero también que, por el momento, no está dispuesto a involucrarse en una gran operación contrainsurgencia que le llevara a ejercer el control efectivo del Sinaí, lo que implicaría el despliegue de decenas de miles de efectivos terrestres. Egipto, que ha recibido el apoyo explícito norteamericano por estas acciones, inmerso aún en un complejo proceso de transición, posiblemente no se encuentra todavía en condiciones de afrontar una operación tan costosa y arriesgada, pero no cabe duda de que ha mostrado que no va a permitir que los radicales islamistas impongan su agenda al nuevo gobierno.

LA RENOVACIÓN DE LA CÚPULA MILITAR

La segunda es la necesaria renovación de la cúpula de las Fuerzas Armadas, cabeza visible del complejo entramado de intereses que éstas disponen. Intensamente vinculados al anterior régimen y protagonistas del proceso de transición, tanto el mariscal Tantawi, efímero ministro de defensa del nuevo gobierno, como el general Enan, Jefe de Estado Mayor de las FAS, han sido cesados de sus cargos y han pasado a la situación de retiro, aunque han sido nombrados asesores del presidente, cargo equívoco que puede representar tanto poco más que un digno abandono de la actividad pública como un efectivo apoyo a la vez que control de las actividades presidenciales.

Desde luego, y a pesar de las elecciones legislativas y presidenciales celebradas, la realidad es que, al menos por el momento, nada parece que pueda ser hecho en Egipto sin los militares, por lo que lo sucedido bien puede deberse a una negociación en la que se haya acordado una renovación blanda de la cúpula militar, con candidatos consensuados y sin que se haya producido una ruptura tan significativa como algunos analistas han querido ver. Esta idea está apoyada por el propio Consejo Militar, que rápidamente manifestó su no oposición a esta medida adaptada por Mursi. Además la sensatez demostrada hasta el momento por el presidente parece indicar la imposibilidad de que los ceses se hayan producido con la oposición de la cúpula militar, lo que podría poner en peligro incluso el propio proceso democratizador. En definitiva lo sucedido, aunque llamativo, parece más producto del pacto

que de la confrontación y está muy probablemente lejos de lo que en algunos medios se ha calificado como “purga” militar.

La renovación se ha completado en los principales cargos de la administración militar, encabezada por el nuevo ministro de defensa el general Al-Seesi, formado en parte, como la mayoría del resto de los altos cargos seleccionados, en Estados Unidos. Renovación por tanto pero no ruptura, en unos nombramientos que parecen demostrar que el presidente es muy consciente de dónde están los intereses de seguridad y las alianzas naturales de Egipto. Las declaraciones tanto del nuevo ministro de defensa egipcio como de su colega estadounidense han subrayado inmediatamente ese vínculo entre ambos países en materia de seguridad y defensa.

LA POLÍTICA EXTERIOR DEL PRESIDENTE MURSI

A pesar de lo mucho por hacer y los numerosos retos en su política interior, Mursi no ha abandonado su acción exterior, encabezando en primer lugar una iniciativa para contribuir al final de la guerra en Siria. Tras los más que esperados fracasos de Naciones Unidas y la Liga Árabe, la iniciativa egipcia se centra en la intervención de cuatro actores regionales con peso e intereses determinantes aunque encontrados en el conflicto sirio. Se trata de Irán, Arabia Saudí, Turquía y el propio Egipto, por supuesto. Aunque las perspectivas de éxito son escasas dados los intereses opuestos presentes en el comité y la dinámica bélica aparentemente imparable en Siria, es interesante observar que Egipto, aunque opuesto al régimen de Al Assad, se pretende presentar como una potencia regional transversal que en cierto modo rompe el esquema tradicional de países respaldados por Estados Unidos contra países adversarios de Estados Unidos. Este comité puede llegar a tener un papel a jugar sobre todo en un hipotético final pactado de la guerra y en la suerte personal de Al Assad y su familia.

La ruptura de la tradicional y hermética enemistad con Irán escenificada desde la caída de Mubarak junto con esta iniciativa, a pesar de los vínculos de seguridad egipcios con Estados Unidos, parecen mostrar la intención egipcia de recorrer un camino propio, a modo de

pivote alrededor del cual puedan girar las relaciones regionales tanto norteamericanas como de Israel, Irán y las monarquías del Golfo. Desde luego tanto la posición como el peso específico regional y cultural egipcio posibilitan esta aproximación novedosa que podría abrir otras expectativas a las relaciones regionales.

Para conseguirlo las relaciones con Irán deben avanzar considerablemente. Aunque la citada iniciativa egipcia ha sido bien acogida inicialmente por Teherán, aún no se han restaurado plenamente las relaciones diplomáticas entre ambos países, suspendidas tras la revolución iraní en 1979. A pesar de eso ambos países parecen interesados en fortalecer esa incipiente normalización, que podría ayudar a Irán a romper el relativo aislamiento internacional que sufre, a la vez que permite a Egipto comenzar a andar el camino que su presidente pretende recorrer para recuperar si no la primacía sí un lugar privilegiado entre los países árabes, al mismo tiempo que impulsa su visibilidad internacional en búsqueda de inversiones extranjeras de las que el país está imperiosamente necesitado.

Un paso importante en dicha normalización ha sido la visita de Mursi a Teherán con motivo de la cumbre del Movimiento de los Países No alineados. Aunque Egipto ha participado regularmente en estas cumbres, el hecho de que en esta edición celebrada en Irán la delegación egipcia haya sido encabezada por su presidente constituye un gesto inequívoco de deshielo y acercamiento bilateral. A pesar del contenido del discurso del presidente Mursi en la cumbre, en la que no dejó ninguna duda del apoyo egipcio a los rebeldes que pretenden derrocar al régimen sirio, provocando el abandono de la sala por la delegación siria y posicionándose inequívocamente en este tema en contra de la posición iraní, como no podía ser de otro modo, lo cierto es que su gesto viajando a Teherán ha reflejado un viraje a considerar en la política exterior egipcia de las últimas décadas.

CONCLUSIONES

El elegido democráticamente presidente de Egipto ha comenzado su mandato con energía y determinación. Ha sido capaz en menos de tres meses de dar respuesta a algunos de los más

importantes interrogantes que su subida al poder suscitaron, rebajando considerablemente la alarma que la coexistencia de un parlamento y un presidente islamista elevaron al conocerse los resultados de las elecciones presidenciales.

La enérgica respuesta militar al desafío islamista en el Sinaí, la flexibilidad en la conformación de su primer gobierno, sus iniciativas en materia de política exterior y, sobre todo, su capacidad para gestionar una renovación “suve” de la muy poderosa cúpula militar, han conseguido en poco tiempo el tránsito desde la incertidumbre a un grado creciente de confianza en la comunidad internacional y principalmente en Occidente. Las cuantiosas ayudas económicas que el país ha recibido, o va a recibir en breve, como contribución al afianzamiento de la democracia, son de hecho un apoyo explícito al rumbo adoptado por el presidente.

Sin embargo sus principales retos parecen manifestarse dentro de sus propias fronteras, donde ha de ser capaz de continuar manteniendo el equilibrio con los militares al mismo tiempo que consigue avances en la situación económica y en el bienestar de sus ciudadanos.

Francisco José Berenguer Hernández

Analista Principal del IEEE